Fantasmas
Poul Anderson



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

¿La despertó el humo? Le rozaba las fosas nasales, le raspaba los pulmones. Tosió. Se le partía el cráneo. Las astillas cayeron con estrépito. Se estrellaron como trozos de hielo en un lago bajo la tormenta. Tosió de nuevo, y de nuevo. En medio del ruido y del filoso dolor oyó una crepitación cada vez más fuerte.

Abrió los ojos. El humo los inflamó. Borrosamente vio las llamas. Todo ese lado de la capilla estaba ardiendo. El fuego ya lamía el techo. No podía distinguir los santos pintados, ni los iconos de las paredes —¿habían desaparecido?— pero el altar seguía en pie. Entre las volutas de humo y la penumbra fluctuante, la mole del altar parecía temblar. Tuvo la vaga sensación de que flotaba a la deriva, de que pronto la alcanzaría y la aplastaría o se perdería para siempre en la humareda.

Entre las vaharadas de calor se arrastró a gatas. Por un tiempo no pudo alzar la cabeza. Le dolía demasiado. Luego algo en el límite de su visión la guió en un lento bamboleo. Se incorporó a duras penas y trató de comprender.

La hermana Elena. Tendida de espaldas. Muy quieta, más que el altar, totalmente tiesa. Ojos donde bailaba la luz del luego. La boca abierta, la lengua fuera, seca. Piernas y abdomen asombrosamente blancos contra el suelo de arcilla y el hábito que los dejaba al desnudo. Gotas blancas relumbrando sobre la entrepierna. Brillantes manchas de sangre en los muslos y el vientre.

A Varvara se le revolvió el estómago. Vomitó. Una, dos, tres veces. Las convulsiones le provocaban ondas en la cabeza. Cuando terminó y sólo quedaron el gusto desagradable y la irritación, estaba más alerta. Se preguntó si ésta había sido la violación definitiva o un signo de la gracia de Dios, ocultando el rastro de lo que le habían hecho a Elena.

«Eras mi hermana en Cristo —pensó Varvara—. Tan joven, oh, tan joven. Ojalá yo no te hubiera intimidado tanto. Era dulce oír tu risa. Ojalá a veces hubiéramos estado juntas, sólo nosotras dos, contándonos secretos y riendo antes de ir a orar. Bien, supongo que has ganado el martirio. Ve a tu hogar en el Cielo.»

Las palabras temblaron en medio del dolor las palpitaciones, los mareos. El fuego rugía. El calor se volvía más denso. Bailaban chispas en el humo. Algunas le cayeron en las mangas. Se apagaron, pero debía huir o se quemaría viva.

Por un instante la abrumó la fatiga. ¿Por qué no morir junto a la pequeña Elena? Poner fin a los siglos, ahora que todo lo demás llegaba a su fin. Si respiraba hondo, la agonía sería breve. Luego, la paz.

La broncínea luz del sol atravesó la humareda y el hollín. Había salido a rastras mientras pensaba en la muerte. El asombro le devolvió la compostura. Miró hacia ambos lados. No había nadie cerca. Los edificios, construidos principalmente con madera, ardían a su alrededor. Logró levantarse y alejarse dando tumbos.

Más allá de los edificios, la dominó una cautela animal. Se agazapó junto a una pared y atisbó. El monasterio y el convento estaban cerca de la ciudad, como era habitual. Los religiosos habrían hallado refugio detrás de las defensas. Pero no habían tenido tiempo. Los tártaros llegaron de pronto, interponiendo sus caballos entre ellos y la seguridad. Retrocedieron y rogaron a la Virgen, los santos y los ángeles. Poco después, esos salvajes se les acercaron aullando como perros.

Varvara se dio cuenta de que no había gran diferencia. Pereyaslavl había caído. Sin duda los tártaros la habían asolado antes de ir a la casa de la Virgen. Una monstruosa nube negra se elevaba desde las murallas, tocando el cielo, donde se deshacía en borrones sobre la pureza del atardecer. Abajo crecían las llamas, tiñendo las sombras con un rojo inquieto. Varvara recordó que el Señor se presentaba a los israelitas como una columna de humo durante el día

y una columna de fuego durante la noche. ¿Acaso Su voz rugía como la pira que había sido Preyaslavl?

En la campiña ondulante también ardían villorrios y huían sombras. Los tártaros parecían estar reunidos cerca de la ciudad. Grupos de jinetes cabalgaban por los campos hacia el cuerpo principal. Guerreros a pie arreaban a los cautivos, que no eran muchos. Varvara vio que los invasores no constituían un ejército enorme, que no eran la manga de langostas de los rumores, apenas unos centenares. Tampoco llevaban ropa de acero, sino cuero y piel sobre los cuerpos fornidos. A veces se veía un destello, pero debía de ser un arma y no un yelmo. En el carro uno portaba el estandarte, una estaca de cuyo travesaño colgaban... ¿colas de bueyes? Las monturas eran meros ponnis, pardos, hirsutos, de cabeza larga.

Pero esos hombres habían arrasado la tierra como una llamarada, ahuyentando o pisoteando a todos. Aun las habitantes del claustro habían oído, años atrás, que los pechenegs mismos habían huido para suplicar socorro a los rusos. Jinetes que atacaban como un dragón con mil patas asesinas, flechas que volaban como una tormenta de granizo...

Hacia el este, la verde campiña se extendía en una placidez casi ofensiva. La luz inundaba el Trubezh, de modo que el río parecía un torrente de oro. Bandadas de aves acuáticas volaban hacia las marismas de las costas.

«Allá está mi refugio —pensó Varvara—, mi única esperanza.»

¿Cómo llegar? Su carne era un guiñapo de dolor, astillado de angustia, y los huesos eran como pesas. No obstante, con el fuego a sus espaldas, debía marcharse. La astucia compensaría la torpeza. Podría avanzar un trecho, detenerse, esperar hasta que pareciera seguro seguir adelante. Eso significaba mucho tiempo hasta llegar a su meta, pero el tiempo le sobraba. Claro que si. Ahogó una risa histérica.

Al principio, un huerto del claustro le permitió ocultarse. ¡Cuántas veces esos árboles habían sido rosados y blancos al florecer en primavera, verdes y susurrantes en verano, dulces y crepitantes en otoño, esqueléticamente bellos en el gris invierno, para ella y sus hermanas! Varvara había perdido la cuenta de los años. Recordó a algunas personas, Elena, la astuta Marina, la regordeta y plácida Yuliana, el obispo Simeón, grave detrás de su barba semejante a una mata. Muertos en ese día o años atrás, fantasmas y quizá ella misma estaba muerta, aunque le negaran el reposo, una rusa ika que regresaba a su río.

Más allá del huerto había un prado. Varvara pensó que le convendría aguardar al anochecer entre los árboles. El terror la obligó a seguir. Avanzaba con creciente cautela. Recobró la destreza que había adquirido en la infancia. Antes de que Cristo llegara a los rusos y durante generaciones, las mujeres a menudo recorrían los bosques, libres como los hombres. No el corazón del bosque, un sitio donde no había senderos y merodeaban las fieras y los demonios, sino los lindes, donde llegaba la luz del sol y se podían coger avellanas y bayas.

Ese verdor perdido parecía más cercano que el claustro. No recordaba qué había sucedido cuando el enemigo se acercó al santuario.

Oyó pisadas y se tumbó en la hierba. A pesar de la fatiga, el corazón le martilleaba y sentía un canturreo entre las sienes. Por suerte no se había quedado en la capilla. Varios caballos tártaros cruzaron la arboleda al trote y salieron a la ladera. Varvara vio claramente a uno de los jinetes, la cara ancha y parda, los ojos rasgados, las patillas pobladas. ¿Lo conocía? ¿Él la había conocido en la capilla? Pasaron cerca pero siguieron adelante sin verla.

El pecho se le colmó de gratitud. Sólo después recordó que no había agradecido a Dios ni a los santos sino a Dazhbog del Sol, el Protector. Otro antiguo recuerdo, otro fantasma insistente.

El crepúsculo suavizaba los horizontes cuando llegó a la marisma. Temblores rojizos aún teñían el humo de Pereyaslavl; los villorrios de las inmediaciones debían de ser cenizas y

carbón. Las fogatas tártaras empezaron a titilar en cúmulos ordenados. Eran pequeñas, como sus amos, y sangrientas.

El lodo frío resbalaba por las sandalias de Varvara, entre los dedos de los pies, en los tobillos. Encontró una loma menos fangosa y se tendió en la hierba húmeda y mullida. Hundió los dedos en la hierba y el suelo. ¡Tierra, Madre de Todo, abrázame, no me dejes ir, consuela a tu hija!

Despuntaron las primeras estrellas. Varvara al fin pudo llorar.

Luego se quitó las vestiduras, capa por capa. Una brisa le acarició la desnudez. Apiló la ropa y caminó entre los juntos hasta llegar a un arroyo. Allí se lavó la boca y la garganta, bebió y bebió. Casi no sentía el contacto del agua en los dedos magullados. Se agazapó y se frotó una y otra vez. El río la bañaba, lamía, acariciaba. Se acuclilló y abrió las piernas.

—Límpiame —suplicó.

La luz de las estrellas y la Senda del Cielo se reflejaban en la corriente, lo cual le permitió encontrar el camino de regreso. Se irguió en la loma para dejarse secar por la brisa. Tiritaba, pero no tardó mucho. Le temblaron los labios un momento. El pelo cortado al rape era un legado del claustro, útil esta noche. Cogió la ropa y sintió náuseas. Ahora olía el tufo a transpiración, sangre, tártaro. Le costó gran esfuerzo ponérsela de nuevo. Quizá no habría podido si el olor del humo no hubiera tapado lo demás. Otro legado, otro recuerdo. Debía protegerse del frío de la noche. Aunque nunca había enfermado, quizá estuviera demasiado débil para resistir una fiebre.

Se acostó en la loma y cayó en un sueño ligero poblado por fantasmas.

La despertó el alba. Varvara estornudó, rezongó, tembló. Una fría lucidez la dominó mientras la claridad se alargaba sobre la tierra. Moviéndose con cautela cerca de su escondrijo, notó que tenía las articulaciones menos rígidas, que se aplacaban los dolores. Las heridas aún dolían, pero menos a medida que el día las entibiaba; sabía que sanarían.

No se alejó de los juncos, pero en ocasiones echaba una ojeada. Vio que los tártaros abrevaban los caballos, pero el río disolvía la suciedad antes de que llegara a ella. Cabalgaban de un horizonte al otro. A menudo regresaban con bultos, botín. Cuando las sombras movedizas del campamento se apartaron, logró ver a los cautivos, apiñados y bajo vigilancia. Niños y mujeres jóvenes, supuso, los que valía la pena tomar como esclavos. Los demás yacían muertos en las cenizas.

No recordaba sus últimas horas en el claustro. Un golpe en la cabeza podía haber producido ese efecto. Y no deseaba saber nada. Bastaba con la imaginación. Cuando irrumpieron los jinetes, las religiosas se debían de haber dispersado. Quizá Varvara había cogido la mano de Elena y la había guiado hasta la capilla de Santa Eudoxia. Era un edificio pequeño, apartado, y no albergaba tesoros. Esperaba que esos demonios lo pasaran por alto. Pero no fue así.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo había muerto Elena? Varvara..., bien, esperaba haberse defendido, obligado a tres o cuatro a aferrarla por turnos. Era grande y fuerte, una superviviente habituada a cuidarse. Supuso que al fin, un tártaro, quizá cuando ella lo mordió, le había aplastado la cabeza contra el suelo. Pero Elena... Elena era menuda, frágil, dulce, soñadora. Se habría quedado inerme mientras ese horror continuaba. Tal vez el último hombre, al ver cómo su compañero castigaba a Varvara, había hecho lo mismo con Elena y ella murió. ¿También dieron por muerta a la compañera, se abrocharon los pantalones y se fueron? ¿No les importaba?

Al menos no habían usado cuchillos. Varvara no habría sobrevivido a eso. Aunque su cráneo parecía bastante duro, quizá ni siquiera se hubiera levantado a tiempo para escapar, salvo por la vitalidad que la mantenía inmortal. Tendría que darle gracias a Dios.

—No —jadeó—, primero. Te agradezco por permitir que Elena muriera. Habría quedado deshecha, condenada a días de obsesión y noches de insomnio.

No encontró otra cosa que agradecer.

El río y las horas se deslizaban con un murmullo. Piaban pájaros. Las moscas zumbaban en densos enjambres, atraídas por su ropa pestilente. El hambre empezó a acuciarla. Recordó otra antigua destreza, se tendió de bruces en el lodo de un charco formado por unas matas a la deriva, esperó.

Ya no estaba sola. Los fantasmas se apiñaban. Acariciaban, tironeaban, susurraban, llamaban. Al principio eran horribles. La tomaban contra su voluntad, esposos ebrios y dos canallas que la habían sorprendido en esos años de vagabundeo. Con un tercero había tenido suerte y lo había apuñalado primero.

—Arde en el infierno con esos tártaros —gruñó—. He vivido más que tú. Viviré más que ellos.

Sí, y los recuerdos. En todo caso, vencería a los nuevos fantasmas como había superado a los viejos. Quizá tardara años —tenía años por delante— pero al fin la fortaleza que la había mantenido viva tanto tiempo le permitiría gozar de la vida.

—Buenos hombres, volved a mí. Os echo de menos. Fuimos felices juntos, ¿verdad?

Papá. El abuelo de barbas blancas, a quién podía pedirle cualquier cosa. Su hermano mayor Bogdan, cómo reñían, pero qué apuesto fue después, hasta que una enfermedad le comió las entrañas y lo abatió. Su hermano menor, sí, y sus burlonas hermanas, a quienes tanto quería. Vecinos. Dir; quien la besaba tímidamente en un prado de tréboles donde zumbaban las abejas; ella tenía doce años y el mundo se tambaleaba. Vladimir, el primero de sus esposos, un hombre fuerte hasta que la edad lo debilitó, pero siempre tierno con ella. Esposos posteriores, los que le habían gustado. Amigos que la habían defendido, sacerdotes que la habían consolado cuando la dominaba la pena. Recordaba bien al feo y pequeño Gleb Ilyev, el primero que la ayudó a escapar cuando su hogar se transformó en una trampa. Y sus hijos, sus nietos y bisnietos, arrebatados por el tiempo. Cada fantasma tenía una cara que cambiaba, envejecía y al fin era la máscara de la muerte.

No, no todos. Algunos habían sido muy fugaces. Recordaba con extraña nitidez a ese mercader extranjero. ¿Cadoc? Sí, Cadoc. Le alegraba no haber visto cómo se derrumbaba... ¿Cuándo? Doscientos años, desde esa noche en Kiyiv. Aunque quizá hubiera muerto pronto, en la flor de la juventud.

Otros eran borrosos. No sabía si algunos eran reales o meros jirones de sueños que se pegaban a la memoria.

Una rana chapoteó entre los juncos, cerca de la arboleda. Se acomodó, gorda, blanca y verde, para cazar moscas. Varvara se quedó inmóvil. Notó que la rana miraba hacia otra parte. Estiró la mano.

La fría y resbalosa rana se resistió hasta que Varvara le golpeó la cabeza. La descuartizó, la mordisqueó arrancando la carne de los huesos, los arrojó al río mascullando las gracias. Flotaban patos en la corriente. Varvara podía quitarse la ropa, zambullirse y nadar bajo el agua hasta coger una de las patas. Pero quizá los tártaros la vieran. En cambio, cogió unos juncos con raíces comestibles. Si, aún sabía sobrevivir en el bosque. Nunca había perdido esa habilidad.

De lo contrario... Suponía que una creciente angustia, la sensación de estar perdiendo el alma, la había conducido hasta el santuario. No, no sólo eso. Demasiados adioses. En la casa de Dios el refugio sería más perdurable.

Sin duda había paz alrededor; aunque no siempre en su interior. Los apetitos de la carne se negaban a morir, entre ellos el deseo de sentir una pequeña tibieza en los brazos, una boquita de amamantar. Contenía esas ansias, pero a veces le despertaban el deseo de burlarse de la Fe, recuerdos de viejos dioses vernáculos, ansias de ver allende los muros y viajar a otros horizontes. Y también pecados menores, furia contra las hermanas, impaciencia con los sacerdotes y las monótonas tareas. No obstante, había paz. Entre las faenas, los enfados y la desconcertada búsqueda de santidad hubo horas en las que pudo, año a año, reconstruirse. Descubrió cómo ordenar los recuerdos, tenerlos disponibles en vez de permitir que se esfumaran o que la abrumaran con su variedad. Domó a sus fantasmas.

El viento agitó los juncos. Ella tembló también. ¿Y si había fracasado? Si no estaba sola en el mundo, ¿era el destino común de su especie errar sin saberlo y perecer sin ayuda?

¿O ella era la única que sufría esa bendición o maldición? Por cierto, el claustro no tenía registros de tales seres, desde que Matusalén había vivido en la alborada del mundo. Tampoco ella había contado nada a nadie, al principio. La cautela de siglos se lo impedía. Se había presentado como una viuda que tomaba los hábitos porque la iglesia exhortaba a las viudas a hacerlo.

Por cierto, cuando transcurrieron las décadas y sus carnes conservaban la juventud...

Estallaron ruidos en la marisma, gritos, relinchos, tamborileos. Se agazapó para mirar. Los tártaros habían juntado el botín y ordenaban la tropa. Se marchaban. No vio cautivos, pero supuso que iban sujetos a caballos de carga junto con los demás bártulos. Un humo claro aún flotaba sobre las murallas rotas y chamuscadas de Pereyaslavl.

Los tártaros enfilaron hacia el nordeste, alejándose del Trubezh, rumbo al Dniéper y Kiyiv. La gran ciudad estaba a un día de marcha en esa dirección, menos de un día yendo a caballo.

Oh Cristo, ten piedad. ¿Tomarían Kiyiv?

No, eran pocos.

Pero otros debían de estar asolando otras comarcas de la tierra rusa.

El rey demonio debía de tener un plan. Podían juntarse, afilar las espadas melladas por la matanza y continuar como una horda conquistadora.

«En la casa de Dios busqué la eternidad —pensó Varvara—. Acabo de ver que eso también tiene un final.

¿También yo?

Sí, puedo morir, aunque sólo sea mediante el acero, el fuego, el hambre o la inundación; por lo tanto algún día moriré. Para aquellos entre quienes fui inmortal, aquellos que viven, ya soy un fantasma, o menos que un fantasma.»

Primero las monjas, luego los monjes y los seglares, y al fin los laicos, empezaron a maravillarse ante la hermana Varvara. Al cabo de cincuenta años, los labriegos la buscaban para pedir alivio a sus penurias y los peregrinos llegaban desde sitios lejanos. Como ella había temido desde el principio, no tuvo más remedio que contar al confesor la verdad sobre su pasado. Con el renuente permiso de Varvara, él le contó al obispo Simeón. Éste planeaba informar al metropolitano. Si la hermana Varvara del claustro de la Virgen no era una santa —y ella declaraba que no lo era—, se trataba de un milagro.

¿Cómo conviviría ella con eso?

Pero ya no tendría que hacerlo. El obispo, los sacerdotes y los creyentes habían muerto o huido. Los anales del claustro estaban quemados.

En otras partes todo estaba igualmente destruido, o lo estaría pronto, o estaba condenado a ajarse en el olvido ahora que la gente tenía tantas muertes en que pensar. Algunos la

recordarían, pero rara vez tendrían la oportunidad de mencionarla y el recuerdo moriría con ellos.

¿Los tártaros habían venido como una negación de Dios. Su decisión de que ella era indigna, o para liberarla de un peso que ningún hijo de Adán debería soportar? ¿O acaso ella, ultrajada y desgarrada, sólo se creía importante porque estaba llena de orgullo mundano?

Se aferró a la loma. La tierra y el sol, la luna y las estrellas, el viento y la lluvia y el amor humano: entendía a los antiguos dioses mejor que a Cristo. Pero el hombre los había abandonado, y sólo los recordaba en danzas y fiestas, en historias que se contaban junto al fuego; eran fantasmas.

Pero el rayo, el trueno y la venganza recorrían siempre los cielos de Rusia, pertenecieran a Perun o a san Yuri el matador de dragones. Varvara extrajo fuerzas del suelo, como un bebé de la leche materna.

Cuando los tártaros se perdieron de vista, se puso de pie, sacudió el puño y gritó:

—¡Permaneceremos! ¡Duraremos más que vosotros, y al final os aplastaremos para recobrar lo que es nuestro!

Más calmada, se quitó la ropa, la lavó en el río, la tendió a secar en una ladera.

Se limpió de nuevo y buscó más comida. A la mañana siguiente registró las ruinas.

Cenizas, madera chamuscada, restos de ladrillo y piedra yacían en silencio bajo el cielo. Quedaban en pie un par de iglesias manchadas de hollín. Dentro había cadáveres por doquier. Fuera, los muertos eran muchos más, y estaban en peores condiciones. Las aves carroñeras reñían y echaban a volar con una salva de aleteos y graznidos cuando Varvara se acercaba. No podía hacer nada, salvo ofrecer una plegaria.

Encontró ropa, zapatos, un cuchillo intacto y otros utensilios. Tomándolos, sonrió y susurró «Gracias» al fantasma del dueño. El viaje sería arduo y peligroso. No pensaba detenerse hasta encontrar el nuevo hogar que deseaba, fuera donde fuese.

En el alba, antes de partir; le dijo al cielo:

—Recuerda mi nombre. Ya no soy Varvara. De nuevo soy Svoboda. Libertad.